

**EL CÁNTICO NUEVO QUE CONSTRUYE LA CASA DE DIOS
UNA PROPUESTA ANTROPOLÓGICA DE JOSEPH RATZINGER:
LECTOR DE AGUSTÍN DE HIPONA**

**THE NEW SONG THAT BUILDS THE HOUSE OF GOD
AN ANTHROPOLOGICAL PROPOSAL OF JOSEPH RATZINGER:
READER OF AUGUSTINE OF HIPPO**

DRA. TAMARA SAETEROS¹

RESUMEN: La interpretación ratzingeriana de los escritos agustinianos interpela con una desafiante propuesta para la consecución de la paz: la renovación del hombre que le capacite para un cántico nuevo por el cual vuelva a hacerse patente y operante la presencia de Dios en la tierra y en medio de todos los seres humanos. Armonía obras–corazón, canto individual y común que posibilita la tranquilidad del orden: la paz.

PALABRAS CLAVE: Cántico nuevo, Casa de Dios, Hombre nuevo, Paz

EL CÁNTICO NUEVO QUE CONSTRUYE LA CASA DE DIOS

Una propuesta antropológica de Joseph Ratzinger: lector de Agustín de Hipona

1. La hipótesis de la construcción

El encuentro del joven Joseph Ratzinger con uno de los más grandes Padres de la Iglesia: San Agustín de Hipona, marcó indeleblemente su propio quehacer filosófico y teológico, así como sus posteriores años de ministerio episcopal y petrino. Realmente, podríamos decir que Benedicto XVI, Joseph Ratzinger, brillante lector de Agustín, llegó a comprender y asumir la figura del Hiponense de tal manera que le ha permitido ofrecernos magistralmente los más preciosos frutos de su profunda interpretación y serio estudio.

¹ Tamara Saeteros Pérez es Licenciada en Filosofía por la Universidad de Barcelona. Premio extraordinario de Licenciatura. Segundo premio a nivel nacional (España) por la excelencia académica en los estudios universitarios. Máster en Filosofía y Estudios clásicos (UB). Premio extraordinario de máster. Acaba de doctorarse en Filosofía Contemporánea y Estudios clásicos (UB) con una tesis titulada: “Amor y *creatio, conversio, formatio* en San Agustín de Hipona”, calificada con *excelente cum laude*.

La presente ponencia es resultado de sus investigaciones sobre Agustín de Hipona, a través de las cuales ha descubierto la imponente figura del gran teólogo Joseph Ratzinger como principal intérprete contemporáneo del Hiponense, del cual se ha servido para componer la tesis que aquí sustenta.

Por este motivo quisiera presentar en esta ponencia una clara y desafiante propuesta antropológica ratzingeriana, que se inspira en la filosofía agustiniana y que bien podría marcar un camino seguro y comprometido en la construcción de una cultura que defienda al hombre del “hombre”, construyendo la paz.

La hipótesis de partida queda reflejada en el mismo título de la ponencia: “El cántico nuevo construye la casa de Dios”. Para un estudioso agustiniano, la frase trasluce su sentido. El cántico nuevo es aquél que entona el hombre nuevo paulino... y la casa de Dios es, en sentido estricto, la Iglesia, pero, por extensión, también el mundo.

La propuesta apuntará a sugerir una praxis antropológica concreta que se desprende de esta imagen del cántico nuevo y que tendrá como finalidad la construcción e instauración de la casa de Dios, con la cual vendrá la tan deseada paz para el mundo.

2. ¿Quién es el hombre y quién soy yo?

El primer interrogante antropológico a contestar es el más básico: ¿Quién es el hombre? Ahora bien, Ratzinger lo formulaba de manera aún más interpeladora: «¿Qué puedo hacer, y quién soy yo?». En *El cristiano en la crisis de Europa*, Ratzinger (2005) indicaba ahí que la respuesta a esta pregunta suele intentar darse al margen de Dios. Con gran acierto, sin embargo, hacía notar que una reducción científicista de esa índole conduce, inevitablemente, a caer en la paradoja de marginar la misma razón con la que se pretendía explicar el mundo. He aquí sus palabras:

«Es evidente que la racionalidad del universo no se puede explicar con criterios ajenos a la razón. Por eso, el *Logos*, que está en el origen de toda realidad, sigue siendo hoy más que nunca la hipótesis más sensata, aunque es una hipótesis que nos exige renunciar a una posición dominante y aceptar el riesgo de una simple escucha. Ni siquiera en nuestros días se puede decir que se haya eliminado la evidencia tranquila de que Dios existe, pero se reconoce que ahora más que nunca ha quedado desfigurada por la violencia que el poder y el provecho ejercen sobre nosotros» (Ratzinger, 2005, pp. 90–91).

De ese modo, la situación actual y el hombre de hoy se caracterizan, esencialmente, por una gran tensión entre tendencias divergentes: por un lado, la apertura interior del alma humana hacia Dios, que el Doctor de la gracia explicó con su famosísima expresión: *Fecisti nos ad Te*² (Agustín de Hipona, trad. 2013) y, por otro lado, la atracción más fuerte que ejercen las necesidades y experiencias inmediatas en una naturaleza herida por el pecado. Esto produce una nueva paradoja al asalto: «El hombre se debate entre esos dos polos: no es capaz de desembarazarse completamente de Dios, pero al mismo tiempo carece de fuerza para ponerse en camino hacia él» (Ratzinger, 2005, p. 90). Tal estado

² *Conf* 1, 1.

remite a la vejez de la humanidad, al agrietamiento de su corazón, que está reclamándole constantemente una vuelta a su principio. En suma: una auténtica *conversio ad Dominum*.

3. El hombre nuevo

La llamada existencial por la cual Dios, al crear al hombre, lo atrae constantemente hacia sí, suscita en él la posibilidad de dirigir su ser entero por la inteligencia y el amor hacia Dios, *ad Deum*, o hacia sí mismo, *ad se*, con consecuencias personales, históricas y cósmicas relevantes.

Esta llamada divina, además, parece tener especial intensidad en los momentos de crisis de humanidad que atraviesa Europa y el mundo en general. La solución a esta crisis no radica meramente en una mayor solvencia económica –pues se ha constatado que incluso ésta es una curva peligrosa que puede hacer al hombre olvidarse del propio hombre–, ni en un aumento de las mal llamadas “libertades de decidir” –pues estas decisiones a menudo vienen manipuladas por la cultura de la muerte, violando su campo de ejecución los derechos fundamentales–. En breves palabras: la crisis de humanidad se soluciona con hombres y mujeres nuevos, guiados por la razón iluminada por la fe.

En esta línea, Ratzinger propone:

«Lo que más necesitamos en este momento de la historia son individuos que, a través de una fe iluminada y vivida, presenten a Dios en este mundo como una realidad creíble. (...) Necesitamos hombres cuya mente esté iluminada por la luz de Dios y a los que el propio Dios abra el corazón para que su inteligencia pueda hablar a la inteligencia de los otros y su corazón pueda abrirse a los demás. Sólo a través de hombres tocados por Dios, puede el propio Dios volver a habitar entre nosotros» (Ratzinger, 2005, p. 48).

Con estas palabras, Ratzinger traza un programa de reforma personal: dejarse tocar por Dios, porque así el hombre, lejos de perder su propia identidad (Ratzinger, 2012, pp. 18-19), aprende a ser verdaderamente humano, se abre a sus hermanos y se confirma la posibilidad de la construcción de la casa de Dios, Dios vuelve a habitar entre nosotros.

4. El cántico nuevo

Consideremos ahora a qué conduce el análisis de la imagen del cántico nuevo. A este respecto, san Agustín se inspira en muchos salmos que contienen esta expresión de júbilo de cantar al Señor con un *cántico nuevo* que sólo puede cantar el hombre nuevo³. Como explicita Agustín, «el cántico nuevo es el cántico de la gracia»⁴. De modo que, por la gracia, el hombre se renueva a imagen de Dios y

³ Cf. *Sermo* 9, 16: PL 38, 87–88.

⁴ *En. in ps.* 143, 16: PL 37, 1866.

recorre el camino de una vida nueva que deja atrás el lastre de la antigua condición de pecador representada en la armadura de la que David se despojó para poder vencer a Goliat⁵.

«El hombre viejo canta cántico viejo; el nuevo, cántico nuevo. El Viejo Testamento canta cántico viejo; el Nuevo, cántico nuevo. (...) Todo el que ama las cosas terrenas, canta cántico viejo. El que quiera cantar cántico nuevo, ame las cosas eternas. El mismo amores nuevo y eterno. (...) Todos los que se renuevan en Cristo con el fin de comenzar a pertenecer a la vida eterna, cantan el cántico nuevo»⁶ (Agustín de Hipona, trad. 1950).

Mediante este fragmento se descubre quién es este hombre nuevo que tal cántico puede cantar, el cual se determina por la dirección de su amor: si en vez de amar las cosas terrenas y caducas, ama las eternas, entonces puede cantar el cántico nuevo. La gracia divina es, ciertamente, condición de posibilidad de la *conversio*. Ahora bien, el esfuerzo humano por lograr la ordenación de su amor indica que la renovación interior se está llevando a cabo y, aunque sea un proceso inacabado, en tanto que es voluntariamente querido, es ya una manifestación de este cántico nuevo.

Se sigue adecuadamente que existe una relación entre el *cántico nuevo* y la construcción de la *casa de Dios*. Pues este canto no es otra cosa que amor, elemento que aglutina, dinamismo que edifica. De acuerdo con el pensamiento de san Agustín, el canto refleja muy bien el júbilo de la exultación, puesto que: «cantar es expresión de alegría y, si lo consideramos más atentamente, es expresión de amor»⁷ (Agustín de Hipona, trad. 1952-1985).

«Por tanto, quien sabe amar la vida nueva, sabe cantar el cántico nuevo. El cántico nuevo se convierte en ocasión para encarecernos la vida nueva. Pues todo pertenece al único reino: el hombre nuevo, el cántico nuevo, el testamento nuevo. En consecuencia, el hombre nuevo cantará el cántico nuevo y pertenecerá al testamento nuevo»⁸ (Agustín de Hipona, trad. 1952-1985).

El amor por la vida nueva, por la construcción de un mundo mejor que pasa por la renovación personal, se resuelve en la exigencia del precepto del testamento nuevo: cuyo mandato definitivo es el de amar a Dios y al prójimo como a uno mismo.

Pese a esta prometedora perspectiva podría asomar un comprensible escepticismo. ¿No es una utopía pensar que el ser humano realmente conseguirá renovarse a mejor? ¿Y que esto lo hará cada uno de los habitantes de la tierra? ¿Estaremos todos de acuerdo en esto, aunque en muchas otras cosas dejemos de estarlo? La sombra del mal en el mundo es siempre un reto para el arrojo de un cristiano, pero también para todo hombre de buena voluntad.

No obstante, en el año 2007, Benedicto XVI manifestaba a los párrocos y sacerdotes de la diócesis de Roma:

⁵ Cf. *Sermo* 32, 4: PL 38, 197-198.

⁶ *En. in ps.* 149, 1: PL 37, 1949.

⁷ *Sermo* 34, 1.1: PL 38, 210.

⁸ *Ibíd.*

«Contra este gran peso del mal que existe en el mundo y que abate al mundo, el Señor pone otro peso más grande, el del amor infinito que entra en este mundo. Este es el punto importante: Dios es siempre el bien absoluto, pero este bien absoluto entra precisamente en el juego de la historia» (Benedicto XVI, 2007).

El Dios que entra en la historia carga con el peso del mal, sana el mundo, lo lava en su propia sangre. La paciencia de Dios tolera el mal... y su atracción hacia el bien destruye, contando con la gracia del arrepentimiento y el cambio, el peso del mal individual y cósmico. Volviendo al obispo de Hipona, fuente de inspiración de Ratzinger, es preciso puntualizar –tal como él mismo presentó su figura al mundo en las célebres cinco audiencias que dedicó a este Padre de la Iglesia– que san Agustín no fue, en ningún caso, un convertido triunfalista, sino realistamente humilde, pues también él experimentó que la conversión ha de ser camino de toda una vida y que el mal acecha al hombre a cada paso que da, de ahí que contemple la opción de volverse atrás. «Cuando este hombre nuevo reincide en su antigua vida, cosa que ocurre con frecuencia»⁹ (Agustín de Hipona, trad. 1950), recuerda su condición de fragilidad. Pero esto le lleva a volver a cantar, con humildad, el cántico nuevo.

«Si canta el cántico nuevo, cántelo haciéndose él nuevo. ¿Qué significa: cante el hombre nuevo? Renuévase con el deseo de una vida nueva, desee otra cosa, suspire por Dios pensando en algo distinto, sea amador del reino de los cielos»¹⁰ (Agustín de Hipona, trad. 1952-1985).

Aquí aparece la constante posibilidad de cambio, en la renovación mediante el deseo de vivir de un modo diferente, de desear otras cosas que no sean los bienes finitos, de suspirar por Dios y por lo eterno. El énfasis sobre el amor de lo eterno radica en que existe también otro cántico que puede cantarse durante el cautiverio en la Babilonia de este mundo. De igual manera que había dos ciudades entremezcladas, sus habitantes cantan dos cánticos diferentes. En palabras de Agustín:

«Nuestra lengua es el cántico de Jerusalén. El cántico del amor de este mundo es la lengua ajena, la lengua extraña que aprendimos en la cautividad. Luego estará mudo para con Dios el que se olvidare de Jerusalén»¹¹ (Agustín de Hipona, trad. 1950).

5. La casa de Dios

En las líneas precedentes ha quedado clara la necesidad de la *conversio* del ser humano para volver a hacer de este mundo la casa de Dios, para restablecer la armonía primera que vivía *en el principio*. Así pues, se desentraña el contenido de la tan anhelada paz que va más allá de un mero desarme, del “alto al fuego” o de la restauración del equilibrio ecológico. Se trata de una armonía metafísica, antropológica y cósmica, es decir, orden en la relación con el Otro divino, con el otro que es mi prójimo y que soy yo mismo, así como también con el otro que es el mundo. Es dejar de mirarse a sí y mirar –ojalá todos juntos– en aquella otra dichosa dirección.

⁹ *En. in ps.* 8, 10: PL 36, 113–114.

¹⁰ *Sermo* 22 A, 1: MA 1, 296–300.

¹¹ *En. in ps.* 136, 17: PL 37, 1771.

Estas consideraciones posibilitan añadir un aspecto más del cántico nuevo que remite a la ciudad de Dios y a la conversión de toda la tierra hacia el Creador, meta de la conversión de las criaturas espirituales. El texto que se aducirá confirmará que esta vuelta es posible y que es la manera en que los *contemplantes* reconducen, en su vuelta, al universo de los *existentes* y *vivientes*, de todo el universo amado ordenadamente y utilizado rectamente según su ordenación al fin.

«Cuando la tierra entera canta el cántico nuevo, es casa de Dios. Se edifica cantando, se fundamenta con la fe; con la esperanza se levanta y con la caridad se concluye. Ahora, pues, se construye, pero sólo al final del mundo tendrá lugar la dedicación. Corran, por tanto, juntas las piedras vivas para el nuevo cántico, corran juntas y adáptense en la estructura del templo de Dios. Reconozcan al Salvador y hospeden a su morador»¹² (Agustín de Hipona, trad. 1952-1985).

De manera que el cántico nuevo edifica, hace de la tierra la casa de Dios, porque la llena de habitantes de todas las naciones¹³ que son hombres nuevos, que aman con amor ordenado todas las realidades que tocan y glorifican de esta manera a Aquel a quien cantan. San Agustín aprovechaba el motivo del canto para insistir a menudo sobre la indispensable unidad de la Iglesia para la entonación armónica.

«Nosotros cantemos el cántico nuevo. Ya dije, hermanos, que toda la tierra canta cántico nuevo. El que con toda la tierra no canta cántico nuevo, cante lo que quiera, profiera la lengua el Aleluya, cante todo el día, cante toda la noche; con todo, no me arrastrará demasiado el oído la voz del que canta, pues atiendo a las costumbres del que obra. Le pregunto y le digo: “¿Qué es lo que cantas?” Me responde: *Aleluya*. ¿Qué significa *aleluya*? Alabad al Señor. Pues ven, alabemos a una al Señor. ¿Por qué discordamos? La caridad alaba al Señor, la discordia le ultraja»¹⁴ (Agustín de Hipona, trad. 1950).

Es así como la caridad entre los hombres hace que formen una comunidad. Sólo la caridad forja la paz. El texto precedente es una potente llamada a la paz en todos los órdenes: en el de la sociedad humana, por supuesto, pero también en la sociedad que formamos los cristianos: ¡es ecumenismo! Exige unidad, invita a la fraternidad... y señala el camino.

Además, si uno es hombre nuevo puede invitar a los demás, con su cántico, a serlo. Se produce así la *conversio* en sociedad. Pero, de la misma manera en que todos han de cantar al unísono, también, dentro del mismo hombre debe haber armonía. Ésta se consigue cuando lo que dicen los labios lo cantan *concórdemente* las obras. Por lo tanto, el cántico nuevo es la vida nueva, las costumbres nuevas¹⁵ (cf. Agustín de Hipona, trad. 1952-1985), porque es llevar el canto hasta las manos, acompañar la voz por el instrumento.

¹² *Sermo* 27, 1, 1: PL 38, 178.

¹³ Sobre la universalidad de la casa de Dios, cf. *En. in ps.* 95, 3: PL 37, 1228–1230; *En. in ps.* 149, 2–3: PL 37, 1949–1951.

¹⁴ *En. in ps.* 149, 2: PL 37, 1950.

¹⁵ Cf. *Sermo* 34, 3, 6: PL 38, 211.

Conclusión: la casa de Dios en el mundo construida por el cántico del amor

Las reflexiones de Joseph Ratzinger han resultado muy valiosas para llegar a una conclusión clara en esta ponencia. Si se reúnen todas las condiciones antes mencionadas: se canta al unísono con la comunidad, se canta con la voz, el corazón y las obras, y se hace cambiándose el hombre de viejo en nuevo; entonces verdaderamente las piedras vivas se adaptan a la estructura del templo de Dios y pueden acogerlo como su morador permanente. La hipótesis de partida queda confirmada: para Ratzinger, lector de Agustín, el cántico nuevo construye la casa de Dios, su morada en el mundo.

En este nuevo templo se realizará, entonces, un nuevo sacrificio: el sacrificio de una nueva humanidad. La consecuencia es que entramos ahora en la dimensión litúrgica de la casa de Dios. También en este campo se pueden citar interesantes aportaciones ratzingerianas a la comprensión del sacrificio, que desmitifican su primitivo ritualismo. Para Joseph Ratzinger:

«La verdadera ofrenda a Dios debe tener un aspecto totalmente diferente. Consiste (así lo ven los Padres de la Iglesia enlazando con el pensamiento bíblico) en la unión del hombre y de la creación con Dios. La pertenencia a Dios no tiene nada que ver con destrucción o con dejar de ser, sino con un cierto modo de ser; significa salir del estado de separación, de aparente autonomía, de ser sólo para uno mismo y en uno mismo. Significa ese perderse a sí mismo que es la única manera posible de encontrarse a sí mismo (cf. Mc 8, 35; Mt 10, 39). Por eso san Agustín podía decir que el “sacrificio” verdadero es la *civitas Dei*, es decir, la humanidad convertida en amor, que diviniza la creación y que es ofrenda del universo a Dios. Que Dios sea todo en todos (1 Cor 15, 28) es la meta del mundo, es la esencia del “sacrificio” y del culto» (Ratzinger, 2012, p.16).

La propuesta del sacrificio de una nueva humanidad tiene como meta redirigir, retornar, ofrecer, y en definitiva, devolver el universo a Dios. Si las ideologías secularizadoras, la cultura de la muerte, el egoísmo reinante han intentado expulsar a Dios del mundo, vivir *etsi Deus non daretur* (cf. Benedicto XVI, 2012); es tiempo de acogerle nuevamente o, más bien: dado que Dios nunca se ha ido, porque *no abandona la obra de sus manos*, es urgente que seamos nosotros quienes nos *volvamos hacia Él*. Así realizamos el llamado de la antigua tradición litúrgica que tanto agradaba comentar a san Agustín y a Benedicto XVI: *Conversi ad Dominum* (cf. Benedicto XVI, 2008)

Siguiendo a Ratzinger, podemos ahora afirmar que «la meta del culto y la meta de toda la creación es la misma, a saber, la divinización, un mundo de libertad y de amor» (Ratzinger, 2012, p. 16). Insistimos en que esta respuesta de equilibrio del mundo, de alcanzar la «tranquilidad del orden», la paz es, mucho más profunda que un simple acto externo. Interpela al corazón de cada hombre y busca en cada libertad creada una respuesta positiva. Dado este componente básico de la libertad individual, Ratzinger añade:

«Pero con ello descubrimos que en lo “cósmico” está ya lo histórico. El cosmos no es una especie de edificio ya completo, no es un recipiente apoyado en sí mismo, en el que, en el mejor de

los casos, puede desarrollarse la historia. Es en sí mismo movimiento, que transcurre desde un origen hacia una meta final. En cierta manera es en sí mismo historia». (Ratzinger, 2012, p. 16).

Por lo tanto, en esta imbricación de filosofía y teología de la historia, se enmarca el desafío de esta propuesta ética y antropológica: el cosmos es movimiento e historia; una historia construida, “a cuatro manos”, entre la libertad humana y divina, entre la *vocatio* y la *conversio ad Deum*. La paz exige un sacrificio, que es éste: que el hombre se transforme, que se haga conforme a Dios. «Y se hará conforme a Dios si se convierte en amor» (Ratzinger, 2012b, p. 490).

Añado, finalmente, que esta renovación no implicará un vuelco hacia las realidades eternas con perjuicio de lo temporal, porque precisamente, el hombre nuevo, el habitante de la Ciudad de Dios, con la mirada fija en la Patria que le aguarda, construye –con la ayuda de Dios– una nueva ciudad, a medida del hombre (cf. Juan Pablo II, 2004). Como lo expresó Benedicto XVI en su primera encíclica sobre el amor: «Quien va hacia Dios, no se aleja de los hombres, sino que se hace realmente cercano a ellos» (Benedicto XVI, 2006, n. 42). De este modo, la elección continua por el desarrollo de la ciudad de Dios construye la paz en la ciudad del hombre.

El hombre nuevo que hoy nos propone Joseph Ratzinger, lector de Agustín de Hipona, nos entusiasma ya con la grandeza de su misión de constructor de la casa de Dios en el mundo. Este hombre nuevo canta el cántico nuevo, y de este modo entra en sintonía con el cántico de los moradores de la Jerusalén de arriba, que cantan eternamente su amor al Amor.

Referencias

- Agustín de Hipona (trad. 1950). *Comentarios a los salmos*. Madrid: BAC.
- Agustín de Hipona (trad. 1952–1985) *Sermones*. Madrid: BAC.
- Agustín de Hipona (trad. 1969). *Del Génesis a la letra* (2ª ed.). Madrid: BAC.
- Agustín de Hipona (trad. 2007). *La ciudad de Dios* (6ª ed.). Madrid: BAC.
- Agustín de Hipona (trad. 2013). *Confesiones* (2ª ed.). Madrid: BAC.
- Benedicto XVI (2006). *Deus caritas est. Dios es amor*. Madrid: San Pablo.
- Benedicto XVI (2007). *Encuentro con los párrocos y sacerdotes de la diócesis de Roma. Sala de las Bendiciones. Jueves 22 de febrero de 2007*. Recuperado el 26 de septiembre de 2014 desde: http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2007/february/documents/hf_ben-xvi_spe_20070222_clergy-rome_sp.html
- Benedicto XVI (2008). *La semana de oración por la unidad de los cristianos. Audiencia General. Miércoles 23 de enero de 2008*. Recuperado el 26 de septiembre de 2014 desde: http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/audiences/2008/documents/hf_ben-xvi_aud_20080123_sp.html
- Benedicto XVI (2008b). *Las conversiones de san Agustín. Audiencia General. Miércoles 27 de febrero de 2008*. Recuperado el 26 de septiembre de 2014 desde: http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/audiences/2008/documents/hf_ben-xvi_aud_20080227_sp.html
- Benedicto XVI (2012). *El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios. Audiencia General. Miércoles 14 de noviembre de 2012*. Recuperado el 26 de septiembre de 2014 desde: http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/audiences/2012/documents/hf_ben-xvi_aud_20121114_it.html
- Juan Pablo II (2004). *1650º Aniversario del nacimiento de san Agustín, obispo de Hipona. Oración a san Agustín compuesta por Juan Pablo II*. Recuperado el 26 de septiembre de 2014 desde http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/speeches/2004/november/documents/hf_jp-ii_spe_20041111_prayer-st-augustine_sp.html
- Ratzinger, J. (2005). *El cristiano en la crisis de Europa*. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- Ratzinger, J. (2012). *El espíritu de la liturgia. Una introducción*. En: *Obras completas (XI) Teología de la liturgia*. Madrid: BAC, pp. 3-135.
- Ratzinger, J. (2012b). «Teología de la liturgia». En: *Obras completas (XI) Teología de la liturgia*. Madrid: BAC, pp. 483–496. Este artículo recoge la conferencia que pronunció el entonces Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe con ocasión de unas Jornadas de Liturgia en el Monasterio de Fontgombault (del 22 al 24 de julio de 2001).